

# Electra.

AÑO I.

Madrid, 11 de Mayo de 1901.

NÚM. 9.

## La religión.

El Cristianismo ha muerto. Ni gobierna el sentimiento católico las conciencias, ni inspira las artes plásticas. Lutero anula á Cristo. El libre examen es proclamado en la Reforma. Y el mismo principio originario de la Reforma acaba con el protestantismo. Absurda es la infalibilidad del taumaturgo romano, absurda la infalibilidad de los formadores de la Escritura. A través de los siglos, el espíritu de independencia se propaga y afirma. El Renacimiento trae á la vida, contristada por las adustas artes medioevales, la visión confortadora de la naturaleza exuberante. La vida es movimiento, variedad, desbordamiento de energías y audacia impetuosa. La vida triunfa en el Renacimiento. Pensadores y artistas siéntense enardecidos por la pasión renovadora. He ahí las esplendideces del arte platereesco y los arrebatos de la mística...

La mística hace resurgir por un momento las inspiraciones del evangelio. Y así, mientras la Iglesia se estatifica y romaniza, estos miseros apóstoles, impetuosos y andariegos, vienen á ser los continuadores lógicos de los primitivos miseros apóstoles; y así, mientras la Iglesia, helada y formalista, reprime con la inquisición los arrebatos de los místicos, los místicos van con sus arrebatos propagando un amplio espíritu de universal y generoso humanismo. «Cuando se lee», escribe Balmes en su libro *El Protestantismo comparado con el Cristianismo*; «cuando se lee ciertos pasajes de Luis Vives, de Arias Montano, de Carranza, de la consulta de Melchor Cano, parece que se está sintiendo en aquellos espíritus cierta inquietud y agitación, como aquellos sordos mugidos que anuncian en lontananza el comienzo de la tempestad.»

La tempestad estalla. En el siglo XVIII la independencia es completada. De la religión pasa la energía humana á la ciencia. Expira la fe en las venturas celestes; nace la fe—que es el Progreso—en las bienandanzas terrenales. La era de la experimentación se inaugura. Todo se renueva y perece, todo se transmuda y acaba. Pasa el hombre, pasa el mundo, pasa el universo. Y las generaciones, en perennal flujo y reflujo, transmítense—dice el poeta—la antorcha de la vida, como en los juegos sagrados, de mano en mano.

Las leyes naturales no explican la forma de los individuos, mi-

nerales, vegetales, animales, hombres; no explican la aparición de la vida sobre la tierra. La causa primera es necesaria. La ciencia no dice cuál es la causa primera. La ciencia afirma que la causa primera no es inteligente ni amorosa. Observaba Lucrecio que la desordenada naturaleza—*tanta stat prædita culpa*—era imposible ser obra de una divinidad todopoderosa y omnipotente, y la ciencia ha venido á confirmar la aseveración del gran filósofo. Lo demuestran el desconcierto en el plan de la creación mundana, las aberraciones de las formas intermedias—equinóideos en el reino animal, efedras y casuarinas en el vegetal,—la repugnante existencia de los cestóidos, la lucha cruenta de todos los vivientes contra todos...

Ignoramos la causa primera del universo, y aun ignoramos la misma realidad del universo. Mas esté el universo en nosotros mismos y sea lo objetivo que hasta nosotros por los sentidos llega, apariencia engañadora—como el idealismo radical afirma,—ó exista en realidad independiente de nosotros, el hecho es que nos sentimos vivir y que vivimos. Y esta afirmación resuelta y terminante de la vida, es lo que constituye la fuerza de nuestra religión alentadora y progresiva. La religión del nirvana ha muerto. Proclamemos la religión de la vida. Nuestro culto es el trabajo y el bienestar. Afirmemos el placer; vivamos. «*Mon metier et mon art, c'est vivre*», decía Montaigne...

J. Martínez Ruiz.

## Póstuma

Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;  
un verso que refleje la cándida tristeza  
del azahar, que, trémulo, deshoja su pureza  
á las blancas caricias de una tímida mano.

No amortajar mi cuerpo con el sayal cristiano;  
ceñir de rosas blancas mi juvenil cabeza,  
y prestarme un sudario digno por su riqueza  
de envolver á un fastuoso emperador romano.

Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba...  
Yo amo al sol,—luz y vida,—y quiero que en mi tumba  
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores.

Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta  
tarde, las locas Vírgenes tejan danzas de amores  
en torno de la estatua de su muerto poeta.

Francisco Villaespesa.

## La Juventud.

El juicio de los fenómenos sociológicos suele hacerse en apreciaciones cuantitativas y darse por definitivo en raciocinios analógicos, recursos ambos los menos nutridos de hechos típicos y de interpretaciones certeras y muy adecuados para precipitar la generalización en inducciones anticipadas y has'a en síntesis prematuras.

Quien estime *grosso modo* lo denso y brumoso de la atmósfera moral que nos rodea, colmará de anatemas á cuantos han vivido y han de vivir, á viejos y á jóvenes, y quien todo lo afirma ó todo lo niega, nada acepta, ni nada reclama. La discreción del juicio es imposición de la lógica para todo, pero especialmente, para apreciar la complicadísima contextura de los estados de alma de un período social.

La juventud del día no es tan despreciable como un pesimismo cómodo y fácil pudiera creer. Sin aquel vago idealismo, hijo del despertar de un sueño dogmático, en que esterilizamos la propia vida los jóvenes de la generación, en que estalló la revolución de Septiembre, á la cual pagamos tributo con ensalzar teóricamente su sano espíritu; libre á la vez del positivismo práctico que corroe á los que cooperaron á la implantación del régimen, que nos arruina á la par que nos envilece, la juventud del día, si no en su mayoría en numerosas y honrosas excepciones, evita con cautela estériles idealismos y huye con repugnancia del positivismo, adornado por la gardenia y encaminado á cultivar la yernocracia y la factura de cupones. Es menos idealista que la revolucionaria, y menos empírica que la hija de la Restauración; aspira á un sincerismo, que no riña con la vigorosa aspiración á ideal social y práctico, que por igual emancipe el pensamiento y el estómago.

Que lucha por su triunfo con todas las candideces propias de la edad; que algunas veces los juegos malabares de su intelecto la arrastran hacia los fuegos fátuos de la lógica, del error que fascina, distanciándose de los cauces de la lógica real que crea: que en ocasiones sin impotencia real (porque no son la mayoría ó porque les desequilibra una habilísima impaciencia), exalta su virtualidad ideal, declinando en la utopía; que ahora por el ansia de la originalidad corre tras el señuelo de lo *sno*b y estrambótico; que después el excedente de vida de sus inconsistentes emociones, convierte sus anhelos generosos en satisfacción de instintos vulgares; son acusaciones en parte justificadas, pero en mayor parte aún explicables por las deficiencias propias de la edad, y por el anverso y reverso de las cosas humanas, en las cuales no se influye jamás sin algo de pasión, siquiera ésta no sea buen consejero.

Pero las tendencias vigorosas de algunos jóvenes, que se separan del encasillado y de la corriente general, sus viriles inclinaciones á la lucha, soportando especie de ascetismo moderno con una

moral de abstinencia, la febril zozobra con que estudian y trabajan, y la confianza con que solicitan del arte nuevos derroteros para fortalecer una vida que se consume en la anemia de la rutina, son títulos suficientes para declarar á la juventud del día (al menos en minoría valiosa) fuerza social, que no enfila dentro de los rebaños de Panurgo.

No ha concretado aún (¡cómo! si la herencia le ayuda poco ó nada), su conciencia difusa un común pensar y sentir; vive en el medio, dentro del cual ha nacido, en una mentalidad que parece mosaico de sensaciones contradictorias; pero aquel medio la asfixia, y esta mentalidad no la satisface, y ambos la sirven de yunque sobre los cuales descarga sus golpes de maza. Lo que logre modificar el primero, y lo que consiga enriquecer la segunda, constituirán el fruto más preciado de la gigantesca empresa que acomete.

Que persista en la obra comenzada, que no desmaye, porque cuando crea que llega á tocar con la mano el triunfo, la decepción la deprime, son los deseos que han de animar á cuantos ven con simpatía, y siguen de cerca ó de lejos los trabajos de zapa ó la labor al aire libre, en que los jóvenes vienen empeñados.

Y para concluir, un consejo de quien sigue de cerca á tales jóvenes, y por una de aquellas razones del corazón, que para el intelecto implican absurdo, no se resigna á la vejez, siquiera la sienta gravitar sobre sus energías. Porque la conciencia individual y colectiva, es y se halla en un estado difuso, que no concreto: porque la ley del conocimiento (y por tanto de la vida), es la relatividad; porque la fatal manía de la certeza (sectarios ó fanáticos de uno ó de otro lado) es legado patológico del dogmatismo que hemos librado secularmente, obligados se hallan los jóvenes de hoy, sin caer en escepticismos cómodos, que son modestias exageradas y mentiras, á prestar culto fervoroso al principio de la *tolerancia*, que se ha de prodigar hasta con los intransigentes.

Entre las muchas hermosuras épicas de la última obra de Zola—*Travail*—hay un simbolismo grandemente sugestivo, que el eximio novelista evoca con frecuencia. Cuando el protagonista, Lucas Froment, en su apostolado filantrópico, cambia el sueño milenario de su hermoso ideal en dichosa realidad (cooperación y aun identificación de capital y trabajo), encuentra las primeras grietas del edificio en los odios que dividen a los mismos por los cuales se sacrifica. Y Lucas repite una y otra vez: «pero si no aman, si amaran, todo se resolvería bien».

El amor, excedente de vida, síntesis de las emociones, es é implica muchos y muy nobles sentimientos; pero el amor es, ante todo y sobre todo, tolerancia.

U. González Serrano.

## Á propósito de "Hedda Gabler,,"

Supuse cuando se anunció, poco ha, la representación de *Hedda Gabler*, que estaría la noche del estreno en Madrid del drama de Ibsen, lleno de bote en bote el teatro de la Comedia. Me equivocaba. Los que componíamos el público estuvimos como en familia; la obra de autor tan discutido en Europa y cuya influencia es grandísima y sin pareja en el teatro contemporáneo, despertaba entre la gente ilustrada de la capital de España menos curiosidad que cualquier dramón ó melodramón absurdo ó cualquier *vaudeville* disparatado y chocarrero. Al día siguiente de la representación, uno de los periódicos más leídos *explicaba* á sus lectores el argumento de *Hedda Gabler* por el procedimiento aquel de cierto fraile granadino, á cual, teniendo que predicar un sermón de San Antonio, *colocó* á sus oyentes un sermón de San Roque.

El drama no gustó, y hubo razón sobrada para ello. Llevamos doce ó catorce años de género chico, entreverado de dramas pseudorománticos, plagado de frases de relumbrón, de grotescos celirios, de sangrientas degollinas y hasta de horribles chamuscamientos; y es imposible que el espectador, á quien le zumba en los oídos el tango de la *tarántula* y en la memoria la prosa inflada de los dramas pasionales, se encuentre en la situación de ánimo que es menester para interesarse por los conflictos de conciencia y por las angustias y contradicciones de los espíritus complicados.

Y sin embargo, «escribir—dice Víctor Hugo—el poema de la conciencia humana, aunque sólo fuese la de un hombre, aunque fuese la del último de los hombres, sería fundir todas las epopeyas en una epopeya definitiva. La conciencia—sigue diciendo el gran poeta—es el caos de las quimeras, de los deseos locos y de las tentaciones insensatas, el horno de los sueños, el antro de los pensamientos que nos avergüezan; es el *pandemonium* de los sofismas, el verdadero campo de batalla de las pasiones. En ciertas horas penetra al través de la faz lívida de un sér humano que reflexiona y mirad su alma, esa misteriosa oscuridad..... Hay allí, bajo el silencio exterior, combates formidables como en Homero, batallas de dragones, hidras y fantasmas como en Mylon, espirales visionarios como en Dante. Nada tan sombrío como ese infinito que todo hombre lleva dentro de sí y en el cual mide con desesperación los caprichos de su fantasía y las acciones de su existencia».

Esos sañudos combates, esas mudas desesperaciones, esas contradicciones dolorosas, esas angustias..... todo lo que con tanta elocuencia enumera Víctor Hugo, es lo que Ibsen nos muestra en sus obras con la adivinación asombrosa de su genio soberano.

En la mayor parte de los dramas antiguos ó modernos la acción es puramente exterior y arranca de las circunstancias en que se encuentran los personajes, las cuales exaltan ó modifican las pasiones de éstos. Va de fuera adentro. En los dramas de Ibsen, por el contrario, la acción va de dentro á fuera. Sin la calumnía de Yago Otelo no daría muerte á Desdémón. Colóquese á Osvaldo (*Aparecidos*) en cualesquiera situaciones dramáticas y su fin será siempre el mismo. Suele decirse en son de censura que casi todos los protagonistas de Ibsen son anormales. Cierto; los principales personajes ibsenianos no son seres perfectamente equilibrados; pero si lo fuesen serían, en rigor, personajes dramáticos. No obstante la serenidad y salud del arte griego, ni Orestes, ni Edipo, ni Medea son personas normales: algo de locura hay en todos ellos. Hamlet, Ofelia, Segismundo, Romeo y Julieta, Isabel de Segura y Diego Marsilla, Eusebio y Julia (*Devoción de la cruz*), D. Alvaro y Leonor no son tipos en perfecto estado de equilibrio. El buen sentido, las virtudes caseras, la tranquilidad y el sosiego de las personas pacíficas son, en efecto, cualidades muy recomendables, resultado de perfecta normalidad en el individuo, pero no son dramáticas.

Ibsen, además, no nos presenta *caracteres* en el sentido técnico de la palabra, sino *individualidades*. El carácter es una propensión determinada del alma; la individualidad es más que eso, es el hombre completo con su temperamento y sus diatesis morbosas, con sus perturbaciones heredadas, con sus achaques y enfermedades. El precepto clásico *Lit Medea ferox*.... engendraba personajes rígidos; la dramática de Ibsen crea seres mucho más flexibles, más complicados, más humanos, más completos.

Sobre estos seres, suele soplar en los dramas ibsenianos no se qué hálito misterioso, una fuerza suprasensible y que pudiéramos llamar el maravilloso científico, único maravilloso compatible con el pensar y sentir modernos, supuesto que es el único en que los hombres actuales creen ó pueden creer.

\* \* \*

Casi todos los dramas de Ibsen son de protesta: el individuo en lucha con la colectividad, la propia idea que pugna por desembarazarse de falsas ideas ajenas, el afán de que el querer y el vivir sean la misma cosa, la suprema aspiración á que la armonía social nazca de la libertad de cada uno y no de la tiranía igualitaria que aspira á nivelar á todos los hombres bajo un mismo raseró.... tales son las tendencias del teatro de Ibsen.

Hay en *Brand* una escena que expresa con perfecta claridad ese sentido de los dramas ibsenianos. El poeta pone en boca de uno de los personajes las teorías que constituyen los fundamentos de la Sociedad presente y la línea de conducta que el hombre moderno debe seguir para prosperar.

«Nadie triunfa si no es de su época. Ved las artes, ved la poesía, ¿desprecian ni la una ni la otra las leyes de nuestro tiempo? Fijaos

en nuestros guerreros: un sable cortante es ya para nosotros tan sólo una leyenda. ¿Y por qué? En virtud de la ley natural que obliga á cada uno á conformarse con las necesidades de su país. Es menester que cada cual modere su temperamento, que no se eleve por encima del nivel común, que no avance demasiado, que se borre por el contrario entre la multitud. Vivimos en un siglo humanitario, inspirándonos en su espíritu conseguiremos algo grande; más para ello es preciso suavizar todos los ángulos, cortar las ramas locas, hacernos lisos como los otros y no emprender jamás ningún camino aparte.....

Así se expresa el espíritu acomodaticio bien hallado con el estado presente social. Brand contesta á tan juiciosos razonamientos con estas solas palabras: «Fuera, fuera de aquí».

Cada uno de los dramas de Ibsen es la repetición de este grito dirigido á todos los prejuicios que esclavizan nuestro pensamiento, á la imposición absurda de la mayoría compacta (*Enemigo del pueblo*), á la mentira de las apariencias (*Los fundamentos de la Sociedad*) á la manera corriente de entender el matrimonio (*Los aparecidos*, *La casa de muñeca*, *La dama del mar*).....

Las ideas, y no las pasiones, son las que determinan las catástrofes en los dramas de Ibsen. En *Romersholtm*, ningún peligro, ninguna contrariedad amenaza ni de cerca ni de lejos á Rosmer y Rebeca, hasta parece que ambos podrían ser felices; á ello sólo se oponen sus ideas morales y ellas son las que determinan el doble suicidio. En *Casa de muñeca*, Helmer abre sus brazos á Nora, la ama como él puede amar, hasta se enternece al pensar en el sacrificio realizado por su mujer. Esta puede disfrutar del amor de su marido y de sus hijos; pero la idea de su propia dignidad, la de reivindicar su personalidad es más poderosa en ella que los afectos del corazón.

Para comprender la diferencia entre el drama de pasiones y el drama de ideas compárense, por ejemplo, los remordimientos de Macbeth y su esposa con los del matrimonio Almers en el *Niño Eyolf*; los unos tienen por origen un crimen sangriento, los otros una idea, la de la responsabilidad. Ibsen nos demuestra prácticamente que las ideas poseen tanta fuerza dramática como las pasiones, y que sólo armonizando lo que realmente somos con nuestra vida lograremos cumplir nuestro destino. *Se tu mismo* es el objeto último, quizás en su totalidad irrealizable, que en sus dramas persigue el autor noruego como el fantástico personaje *Per Gin* lo busca inútilmente en los mundos de la realidad y de la fantasía.

De todos modos, por imposible que sea la realización absoluta de ese ideal, el aproximarse á él será siempre una aspiración de los espíritus sinceros.

## La Sentencia.

El oro del sol de Julio  
que abrasara las espigas  
con derroches de brillante  
calidez de fecundía,  
vertió en los campos de Málaga,  
como lluvia de sonrisas,  
los últimos resplandores  
de la ancha estela rojiza.

Cayó la tarde... Cesaba  
en el cortijo la trilla,  
y á festejar la cosecha,  
sobre la parva extendida,  
con la guitarra por cetro  
y la novia por divisa,  
se reunieron los mejores  
mozos de la Serranía.

Fuensanta, la más hermosa,  
la que lleva en las mejillas  
todo el color de un infierno  
bajo miradas de mística;  
la que por loco capricho  
sella sus canciones íntimas  
con languideces de virgen  
y arrebatos de heroína,  
cantó la primera copla;  
roja lágrima cautiva  
evaporada en ofrendas  
que al cielo llevó la brisa.

Cerró la noche... Á los débiles  
fulgores que descendían,  
brilló en los labios de un mozo  
desatada la sonrisa  
de los ensueños logrados  
y las congojas vencidas;  
y él recogió la promesa  
como savia de otra vida.  
que la copla comenzará,  
y ambos eternizarán.

Cuando los mutuos cantares

el amor robustecían,  
—maridaje de dos almas  
á un mismo soplo nacidas,—  
se oyó una voz imponente;  
maldito pregón de envidia,  
que fué á incendiar el espacio,  
como ráfaga de chispas:

«Pa querer, no hay quien me iguale;  
pa matar, no hay quien me rinda,  
ni una mujer que me burle  
ni un guapo que me resista.»

Llenó la voz el extenso  
campo de la Serranía;  
voz de amenaza y de lucha,  
que hasta la guitarra misma  
comentó con los más trágicos  
trinos de melancolía.

Sereno y firme, ante el reto  
que los montes repetían,  
esgrimió el mozo la enorme  
hoja de su faca limpia,  
y gritó con la garganta,  
ciego de amor y de ira:

—¡El arma tiene un letrero!  
¿Que dice? ¡Fuensanta mía!  
¡Lo pregona mi cuchillo...  
c'm que, á ver si me la quitas!

Y fué verdad la sentencia:  
sobre la parva extendida  
donde hirvieron por la tarde  
las canciones de la trilla,  
Fuensanta, la de grandiosos  
arrebatos de heroína,  
cubrió de besos el pálido  
cadáver que sonreía.....

José Sánchez Rodríguez.

## Carne enferma

Sara, en uno de los divanes del «comedor», observa tenaz el estúpido jolgorio. Las mujeres se refocilan herreando coplas...

Sus carnes, aquellas carnes turgentes, magníficas, que tantas veces mordisquearon los hombres con salvaje complacencia, nadie las codicia ya. Son un andrajo, inútil como los hermosos terciopelos que, descoloridos, sin lustre, chafados, llenos de calvicies, van á podrirse entre la basura... Cubierta la palidez del rostro por grasienta capa de polvos baratos, marcadísimas las ojeras violáceas, las mejillas muy hundidas, pintorreados los labios con chafarrinones de rojo violento, lacios los cabellos, flácido el cuello, Sara parece una espantosa encarnación de la muerte... *hecha vida.*

Tosé, tose mucho.

Hosco pesimismo abate su frente, surcada por arrugas, enérgicas, negras, como rayas hechas en la nieve.

Y en el diván, sola, olvidada por todos, espera con picante desasosiego al macho poderoso que le haga catar las brutalidades inauditas de una lujuria hambrienta.

Ninguno se le acerca... El egoísmo de la bestia humana triunfa en la sala, saturada del vaho acre de la borrachera, de perfumes intensos y humaradas de cigarro.

A impulso de un dolor excesivo, sin consuelo, inclina hacia el pecho la rubia cabeza, deja caer pesadamente los brazos, pasea errátil la mirada, un momento, y la clava luego, anhelosa, en el turbio cristal del frontero espejo.

—Estoy fea, mu fea, sí... ¡Paesco la estampa del alma en pena!— ruje, rompiendo á llorar, mordiéndose, golpeándose con rabia de fiera herida.

Sus gritos de desahogo mueren entre las voces, los piropos groseros, las palmas y el recio taconear de la meretriz que, al compás de una guitarra bien tañida, cimbra el cuerpo con voluptuosidades de hayadera.

Tosé, y la tos le arranca borbotones de sangre...

Entonces, los brazos de un hombre, el menos borracho, le ciñen blandamente la cintura. Sara se reanima, se alegra, al calor de lagoteras caricias.

Esfumadas sus desesperanzas crueles, temblorosa, delirante, inquietas las carnes macilentas por los cosquilleos de su lascivia loca, con voz gachona, murmura:

—Oye, ven... ¿quieres?

Y, trabajosamente comienza á subir las gradas de un escalerucho. Desaparece entre las sombras como blanco fantasma, como nueva Ofelia que se alejará desparramando las últimas flores del rosal de su vida.

## De dónde nos viene el fanatismo.

Durante el período medioeval, llama la atención la gran tolerancia religiosa que existía en España. Desde el siglo VIII hasta los finales del siglo XV, elementos sociales de religiones tan diversas como católicos, moros y judíos, coexistieron en la más tranquila y respetada tolerancia. Hijos de caudillos moros se enlazan con princesas católicas, hijas de reyes, y alguna de éstas, al unirse á un árabe noble, adopta la religion de su marido, á pesar de que á ello no le obliga la ley mahometana. En los ejércitos marchan unidos moros y cristianos. Los judíos son altamente considerados por árabes y católicos, custodian las ciudades y desempeñan cargos públicos. Y en el siglo XV, el rey moro de Granada viste á la usanza cristiana, y no es raro el ver á estos monarcas del reino granadino, llevando en sus vistosas escoltas á clérigos y frailes.

Pero al finalizar el siglo décimoquinto, ocurre el curioso fenómeno de que toda la tolerancia mantenida en el transcurso de las centurias anteriores, se convierte rápidamente, sin transición casi, en la intolerancia más excesiva por parte de los cristianos, intolerancia llevada á su mayor extremo de rigor con el establecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición en España.

Y el fenómeno social señalado aparece como verdaderamente extraordinario, porque los hechos antecedentes no lo explican, porque más que nada llama en él la atención el paso vertiginoso de un estado de libertad, más bien que de tolerancia, al estado opuesto. ¿Qué causas pudieron originarlo? ¿A qué se debió esta completa transformación de las relaciones sociales de carácter religioso entre cristianos, moros y judíos? Varios hechos contribuyeron á producirla; pero tal vez deba ser mirado ahora con especial interés este factor: el fanatismo de la reina. Y este fanatismo de la reina está claramente significado por los cronistas contemporáneos, por Hernando Pulgar y por Bernáldez. Mientras que del rey sólo dicen que era piadoso, de la reina enumeran cuantos hechos pueden caracterizar á la mujer fanática. Era la reina muy dada á la contemplación. Sin desatender su reino, hallábase dedicada á Dios, ocupada constantemente en los oficios divinos. Devota, muy devota, honraba á los prelados, honraba las casas de oración, visitaba las residencias de religiosas y los monasterios, haciéndoles cuantiosas limosnas. Y por su disposición se realizaban frecuentemente obras en los templos y se levantaban nuevas iglesias.

Una reina española, identificada con su pueblo, querida de sus súbditos, habría de ejercer sobre éstos una poderosísima influencia. La imitación no obedece para Tarde á otro origen que al reconocimiento de la superioridad de la persona á quien se imita. La reina, estimada como sér superior por el pueblo, estimularía en su derredor el instinto imitativo. Primeramente sentirían este influjo las

personas nobles, de éstas avanzaría hacia las clases medias, después á las populares. Y hé aquí á la sociedad española dedicada á la contemplación, ocupada en los oficios divinos, haciendo donativos á las comunidades religiosas, visitando los conventos y cooperando á la edificación de nuevas casas de Dios.

En este catolicismo pagano, puramente externo, sin nada de fondo, que se practica ahora en España, vése también cómo desciende de arriba á abajo la imitación fanática. La aristocracia ha sido la primera en aceptar el neo-fanatismo. Y ya véis cómo la imita la clase media, afanosa por asemejársela. Notad cómo al pasar por delante de un templo, las mujeres de esta clase comienzan ya á santiguarse y los caballeros á descubrirse; notad cómo acuden á los cultos del Sagrado Corazón de Jesús, cómo colocan esta advocación en sus casas y sobre sus pechos, en dijes de plata; notad cómo al lado de los carruajes particulares van ya apareciendo los carruajes de alquiler en las largas filas que se forman ante la iglesia de Jesús los viernes primeros de cada mes; notad cómo estas damas visitan ya los conventos, se dejan visitar por jesuitas y monjes, entregan dinero á las comunidades religiosas y sus hijos para que los eduquen y sus hijas para esposas de Cristo. Y observad cómo todo ésto, imitación de lo que se estima superior, se considera por ello de muy buen tono, y se acepta, más que por razones fundamentales, porque debe ser distinguido, elegante y elevado.

La reacción anticlerical que se ha manifestado en algunas poblaciones portuguesas, ha de verse poderosamente favorecida por la actitud de franco liberalismo en que se está mostrando el rey Don Carlos, y la nobleza lusitana será la primera que sufrirá en su instinto de imitación la influencia del modo de ser de su monarca, como hasta ahora ha experimentado el influjo del fanatismo de doña Amelia. Son, pues, de un valor importantísimo estos altos ejemplos, y tal vez ellos solos basten para explicar, en parte, cómo una sociedad puede transformarse, modificarse en sus prácticas habituales, durante algunos momentos de su historia.

Carlos del Río.

## Encajes.

En tu cuello  
hay dos lunares,  
besos besos  
á millares y en tus rizos,  
besos, besos á millares...  
siempre amores, nunca amor.  
Los placeres  
van deprisa,  
una risa, y otra risa  
y mil nombres de mujeres,  
y mil hojas de jazmín  
desgranadas  
y ligeras,

y son copas no apuradas  
y miradas  
pasajeras  
que desfloran nada más  
desnudeces,  
hermosuras,  
carne pura y morbideces,  
elegancias y locuras .  
No me quieras, no me esperes,  
no hay amor en los placeres  
no hay placer en el amor.

M. Machado.

## Nuevos tiempos.

En pocos años ¡qué transformación en el espíritu de los pueblos! Desde la Reforma no ha pasado el alma de Europa por una crisis parecida. El poeta exclamaba:

«Oh Chrits, je ne suis pas de ceux que le prier  
dans tes parvis muet amene á pas temblants;  
ye ne suis pas de ceux que vont á ton Calvaire  
en se frappant le coeur, baiser tes pieds sanglants.»

Y los Gobiernos, y los Parlamentos, y los Reyes, recogiendo las dudas y las negaciones de la calle respondían con aire de odio y con piqueta de exterminio á las encíclicas del Vaticano.

La ciencia, con exegesis implacable, llegaba al tesoro de la fe, esparciendo á los cuatro vientos todas sus riquezas dogmáticas, todos sus misterios sublimes, todos sus inefables consuelos; el Arte mismo vistió de flores su blasfemia.—Renán humaniza á Cristo, y ante la Acrópolis de Atenas canta un himno á las divinidades antiguas; Carducci llora la pérdida del mundo de la Hélide, y se indigna ante el Nazareno que, con su incomparable tristeza, ha ahuyentado la risa de los festivos dioses paganos.

A las batallas del libro y del periódico, suceden las violencias materiales. La fe católica sufre un nuevo exodo. Las Ordenes monásticas abandonan sus claustros, y sus altares, y la tempestad sigue el paso trémulo de los desterrados y los vencidos.

En la iglesia, Cristo renovaba su agozizante noche del Huerto; y muchos Longinos se han manchado con sangre nueva y joven. Solo, contra todos, habla el Pontífice, creyente y augusto en su vieja mansión papal.

---

Hay en el horizonte una tremenda nebulosa. Todas las fuerzas morales del mundo parecen pocas para afrontar ese problema del dolor y del hambre que anda y anda, descontento é implacable como la fatalidad antigua. No se detiene esa fatalidad, no se resuelve ese problema con las cuatro estériles verdades de la ciencia positiva. Acumulado todo el vapor de todos los trenes y barcos del mundo, toda la electricidad que corre por los millones de cables tendidos sobre la tierra, no bastarían á domar esa fiera que está en pie y que enseña sus garras ensangrentadas.

Pero tampoco se amansa con dulces promesas de paz y de gloria. Y sus andrajos donde flamea el sol de las turbas, piden algo más que las doctrinas de Monescillo. Los nuevos tiempos son de dolores...

Julio Barel.

## Cartas de un novio.

Hasta para esto es raro Madrid.—Figúrate que la mayoría de los que se dan tono con los provincianos, son más provincianos que nadie.

Porque ya no van las burlas con esas pobres gentes de alforjas, que pasean su simpleza de admiradores por los soportales de Palacio mientras se hace el relevo. Están *demodés* los «clásicos» dibujos de Cilla poniendo en solfa á manchegos barrigudos y á pacíficas mujeres de tierra de Avila. Hoy se ha adelantado mucho en la materia, se ha afinado más la puntería y el diluvio de cuchufletas, de risas maliciosas y de codazos expresivos, cae sobre el señorío provinciano que acude á Madrid, más por lo risueño de la estación, que por las ridículas fiestas de estos días.

Y hay, á mi modo de ver, una razón. La de que nuestro mundo *cursi* gana más campo cada hora, se entromete en más cosas, está en más sitios. Y como las muchachas del pueblo tienen su vida llana y fácil, á las pobres señoritingas madrileñas, que andan en guerra diaria con el comer bien, le sublevan la paz y el sosiego provincianos. Y se desquitan del único modo que pueden: poniendo faltas á los vestidos, á los sombreros, al modo de andar, á la cortedad típica de la pobre forastera, aturdida con el traqué cortésano y fatigoso.

Lo he observado bien. La otra noche en Apolo, un matrimonio joven se sentó en la misma fila que yo ocupaba. En la fila de atrás una familia de Sicur, blancuzca, seca, defendida de su miseria rampona por unos aparatosos sombreros y por un olor de perfume barato, comenzó las hostilidades. Llevaba la joven forastera una *toca* anticuada—crimen de lesa moda perpetrado por alguna modista de Teruel—y el marido, algún médico de partido judicial, apretaba su recio pescuezo de cavador con un cuello monumental y raro. Se alzó el telón. El matrimonio provinciano quedóse pasmado y absorto viendo el jardín de un hotel: era una decoración lujosa y llamativa. La Pino garbeando un pañolón japonés, llenó el escenario con su divino cuerpo arrogante. El médico *abrió* los ojos con todas sus fuerzas, y un temblor de deseo le mortificó la carne adormecida.

Su mujer sonrió tristemente, sonrisa de envidiosa y de postergada. Y las de Gómez, hechas á la observación maliciosa, comenzaron á darse codazos de atención. Acabó el acto y empezaron las quejas sin disimulo. La llaneza provinciana, nos enteró de que había moros en la costa. Y una disputa de celos llenó de risa y de alborozo las tres primeras filas de butacas. Al fin la *toca demodé* tiró del cuello monumental y raro. El matrimonio de *isidros* entre cuchufletas cortesananas se echó á la calle, y la fonda barata albergaría aquella noche un poema de sinsabores y de llanto.